



**REVISTA  
DE  
HISTORIA DE ROSARIO**

**AÑO V - N° 13**

Editorial Municipal de Rosario

# REVISTA DE HISTORIA DE ROSARIO

PUBLICACION SEMESTRAL  
DE LA SOCIEDAD DE HISTORIA DE ROSARIO

Año V - ENERO - JUNIO DE 1967 - Nº 13

## S U M A R I O

|  |      |     |
|--|------|-----|
| TIBERIO GOMBOS: El puerto de Rosario .....   | Pág. | 3   |
| VALENTIN ANTONIUTTI: La instrucción pública en el pasado<br>rosarino (1866) .....                                  | "    | 23  |
| JOSE AMARO: El Ferrocarril Oeste Santafecino .....   | "    | 42  |
| HUGO PADELETTI: La poesía de Arturo Frutero .....  | "    | 65  |
| WLADIMIR C. MIKIELIEVICH: Servicios públicos de transporte<br>urbano en Rosario. El "tramway" (Continuación) ..... | "    | 89  |
| / Estampas del pasado. Apuntes didácticos .....  | "    | 106 |

---

### NOTAS Y COMENTARIOS:

|  |   |     |
|--|---|-----|
| Exposición de periódicos rosarinos del siglo XIX ..... | " | 108 |
| "Revista de Historia de Corrientes" .....              | " | 108 |
| Antecedentes sobre un tema de actualidad .....         | " | 109 |

# LA POESIA DE ARTURO FRUTTERO

Por HUGO PADELETTI

*La reunión N° 1087 de Amigos del Arte, efectuada el jueves 8 de junio de 1967, consistió en un "Homenaje al poeta Arturo Fruttero". Comentó su obra el poeta Hugo Padeletti y leyeron poemas Leticia Cossettini y Nicolás Rosa.*

*Nuestra "Revista de Historia de Rosario" ha publicado de Fruttero, póstumamente, trabajos sobre los pintores Domingo Garrone y Leónidas Gambartes y sobre el poeta Fausto Hernández. De este modo, Fruttero colaboró en nuestros estudios sobre la historia de la poesía y de la pintura rosarinas. A esos movimientos artístico-literarios de las últimas décadas estuvo entrañablemente ligado Arturo Fruttero. Justo es pues que hoy, un crítico y creador como Hugo Padeletti contribuya, al estudiarlo, a saldar la deuda que las nuevas generaciones contraen con las que las precedieron.*

LA DIRECCION

Durante las tres décadas comprendidas entre 1930 y 1960, aproximadamente, la vida intelectual de Rosario fue enriquecida por la presencia activa de Arturo Fruttero. Escribió poemas y traducciones, analizó, en ensayos de característico enfoque ético-estético-metafísico, la obra de grandes poetas, especialmente las de Charles Baudelaire y Fausto Hernández, y también la de artistas plásticos rosarinos, como Garrone, Pedrotti y Gambartes, realizó lecturas de poemas, pronunció algunas conferencias, reunió, lentamente, y compartió con sus amigos, una extraordinaria biblioteca en varias lenguas y, sobre todo, fue el centro inagotable, continuamente alerta, lúcido y abierto a todas las posibilidades de la experiencia, de un círculo de amigos que fue recibiendo, a lo largo de esos años, los dones de su talento y de su amistad.

Comparada con el caudal de sensibilidad e inteligencia de

su conversación cotidiana, la obra que nos ha dejado resulta relativamente pequeña. Pero es profunda, y su profundidad consiste precisamente en la presencia implícita de toda esa riqueza de perspectivas culturales vividas que compartió en el diálogo pero que apenas consignó, salvo quizá en algunas notas sueltas y aforismos a veces indescifrables, escritos evidentemente para sí. Por iniciativa de Ricardo Orta Nadal, que fuera uno de los amigos más cercanos del autor, esa obra, hasta hace poco inédita, —con excepción de un libro de poesías y algunas páginas de revistas— ha comenzado no hace mucho a publicarse.

Hoy nos ocuparemos de la poesía de Fruttero o, por lo menos, de algunos de sus aspectos. "Hallazgo de la roca", su único libro de poesía, apareció en 1944. La obra posterior a esa fecha, no fue recogida en volumen, ni siquiera publicada íntegramente. "Hallazgo de la roca" está dividido en siete partes: Canto al dedo gordo del pie, Teoría de ensueños, Tratado de la rosa, Estrictamente personal, Elegía a tres rosas olvidadas, Ars poética y Ceremonia del nardo. La parte más extensa del libro, y quizá la más importante, es el Tratado de la rosa.

La poesía de Fruttero tiende a la conciencia cósmica. El mundo que suscitan sus versos se extiende en todas las direcciones del tiempo y del espacio, sostenido por una energía exuberante que parece querer abarcarlo todo, manifestarlo todo, alcanzar el sentido de todo. Pero ese mundo cósmico tiene un centro, un centro que lo incluye tácitamente y que a la vez lo trasciende. Ese centro es la imagen simbólica de la rosa, tema de su extraordinario Tratado.

Fruttero cultivó desde su adolescencia y mantuvo a lo largo de toda su vida una actitud poco común que llegó a ser el rasgo sobresaliente de su fuerte personalidad. Era un hombre que rara vez se abandonaba y sus amigos estábamos acostumbrados a encontrar en él lo que podríamos llamar una constante presencia de ánimo, aún en circunstancias difíciles, penosas y hasta trágicas. Esa presencia de ánimo asumía por lo general la forma de una invariable vigilancia desinteresada, de una cuidadosa y sostenida atención dirigida poco menos que a todo y a los menores detalles de todo. Era un hombre que sabía entretejer con naturalidad las fibras más preciosas de su alta y amplísima cultura con los menores hilos del diario vivir. Antes de los veinte años

abordó la metafísica con una "Meditación preliminar" en la que, treinta años después, todavía encontraba los grandes temas predilectos de su peculiar vigilancia. Sin embargo, sólo esporádicamente recurrió después a la especulación formal. Su más importante tarea fue siempre la toma de conciencia inmediata, en ese su nivel poco común, de la vida vivida. Fué condensando así ese temple de ánimo habitual, fuerte y flexible a la vez y sobre todo alerta, que hacía de él todo un carácter y esa sabiduría muy amplia y muy personal a la vez, que hacía de él todo un mundo. Nada de eso llegó a cristalizar en una obra de pensamiento: sólo aspectos parciales de algunos de sus niveles se advierten en sus ensayos y en los fragmentos y aforismos que dejó, firme pero a veces ilegiblemente escritos, en servilletas de papel del Savoy o en el reverso de sobres y tarjetas. En cambio sus mejores poemas tienen el pleno perfume, lúcido y un poco excesivo, de su íntimo temple y de su a veces contradictoria sabiduría. Ese temple y esa sabiduría que eligieron para sí, como sublimación y forma ideal, el nombre, la imagen y el símbolo de la rosa. (Entiéndase, sin embargo, que no pretendo presentar a Fruttero como a un iluminado; para serlo, su temple fuertemente personal y su muy humana sabiduría hubieran requerido un adelgazamiento, una transparencia que nunca, que yo sepa, directamente buscó. Por el contrario, en lo concerniente a su propia personalidad se mostró siempre francamente afirmativo).

En torno al tema de la rosa y al Tratado que lo presenta se ordenan los poemas de "*Hallazgo de la roca*". El sorprendente "Canto al dedo gordo del pie", primero del libro, representa uno de los aspectos de su constante y enérgica afirmación de la vida. Cito fragmentos:

Más allá de la planta, en el confín del pie,  
que es también una forma de ser primero,  
se asienta tu realeza.

Nadie sabe de ti.

¿Quién te recuerda, allá, por la memoria?

¡A ti, seguro norte!

Y esta noche, bajo un cielo que hiere los ojos  
y regocija el alma con el polvo de diamante

que aventa la vía láctea,  
he oído tu mensaje silente y rotundo.

No es que pretenda erigirte en cartabón,  
ni pronunciarte paradigma incomparable.

.....  
Pero sí oponer tu conocimiento vivo  
a la fábula idiota y al mito exasperado.  
Enfrentar quiero con tu exaltación  
la búsqueda infructuosa del ave legendaria,  
certificando la proximidad de la dicha  
en la gustación de las delicias más íntimas.

Tu sencillez alcanza a tu eficiencia,  
y en la historia natural de la especie  
acaso sea comparable tu advenimiento  
a la rueda y al fuego para la gesta humana.

.....  
En tu feliz desempeño advierto la armonía realizada,  
y tu ejemplo pregusta la futura y más amplia armonía  
del hombre y su contorno, (...)

La vida nos ha apartado de la vida,  
pero está próximo el día de tu loa segura,—  
cuando la vida nos devuelva a la vida.

Esta sobria afirmación de la vida se convierte en entusiasta exaltación, de nivel planetario y cósmico, en los ebrios alejandrinos de "Teoría de ensueños", poema que precede inmediatamente al "Tratado". Sobre este poema se revierte después, como necesario reverso, el último del libro, "Ceremonia del nardo", escrito también en alejandrinos, en el cual la exaltada afirmación se demuda en súplica de redención y el optimismo vital se afina en impetuosa esperanza:

Carne del nardo, expande tu sutil energía,  
que tras la larga noche ya llega presto el día.

.....  
Haz que queme la escoria. Renueva tú las formas  
agotadas y estériles de nuestra edad sin normas.



Carne del nardo, escinde con tu sino vehemente  
los lazos que nos ciñen de los pies a la mente.

Carne del nardo, exalta tu potencia invisible,  
tú que sabes la ciencia del fuego inextinguible.  
Arrasa con la chala, la cáscara y la caña;  
el fruto es cuanto cuenta, la substancia y la entraña.

Carne del nardo, azuza con tu soplo estival  
los hornos en que temple su nobleza el metal.

Haz que todos salgamos maduros de esta hoguera,  
pues tanto como la hoja, verde es nuestra madera.

Carne del nardo, fulge con tu flama desnuda  
en esta encrucijada de la sombra y la duda.  
Tu sabes que de antiguo nos viene nuestra hez  
y mudarla tan solo podrá la intrapidez.

Pasemos ya al "Tratado de la rosa". La rosa, como el loto, tiene una larga historia simbólica a la que Fruttero apenas recurre. Pero tiene, sobre todo, algo más importante: es un riquísimo símbolo natural, algo cuya sola presencia suscita en el contemplador una sugerencia de sentido poco menos que inagotable. El problema, para el poeta que recurre a ella como centro de su poesía, consiste en cómo orientar la contemplación del lector para que todo lo que él ha concebido en relación con su imagen simbólica se revele sin explicarse, sin reducirse a los términos precisos y unívocos, pero relativamente desvitalizados, del discurso. Fruttero encontró, o mejor dicho redescubrió, los recursos antiguos pero ya casi inusitados de la enumeración anafórica y de la enunciación aforística. En el uso de estos recursos estriba a mi juicio la única dificultad y a la vez el mayor interés estilístico del "Tratado", a diferencia de lo que ocurre con los otros poemas del libro cuyo modo poético es a la vez más accesible y menos original.

Anáfora es más o menos "sinónimo de repetición, concepto con que los retóricos designan la figura que consiste en repetir deliberadamente palabras o ideas". Consiste en apoyarse en la repetición insistente de una misma fórmula, para ir presentando sucesivamente

los aspectos, matices, desarrollos o variantes de un tema central. El lector que se entrega a la eficacia de este recurso siente cómo su atención es orientada firmemente por un único cauce y cómo el movimiento de su mente se restringe y contiene para adaptarse sólo a las inflexiones de ese cauce. Si nos remontamos a los grandes ejemplos, a la Biblia y especialmente a los discursos de Buda, entre otros, el uso sistemático de la anáfora y su poderosa eficacia nos llevan a preguntarnos por su razón de ser. Pienso que la razón más profunda consiste en la necesidad de demorar al máximo el movimiento lineal del discurso, o en suprimirlo completamente, para lograr que la atención del oyente o del lector detenga su curso superficial y se oriente en profundidad. Lo mismo que la fijación de la vista en un punto, la repetición insistente de un sonido, de una palabra o de una idea produce un definido efecto sobre la mente: la aquieta, la serena, la vuelve receptiva y contemplativa; produce temporariamente la abolición del tiempo, la expansión del instante y la apertura fugitiva, pero intensa y transformadora, a cierto sentimiento de plenitud intemporal. El otro recurso es la condensación del pensamiento poético en una sucesión de fórmulas breves, aforísticas, que se yuxtaponen sin nexos explícitos, y cuya rotunda lisura no da pie para el salto veloz de la mente sino que la hace resbalar, la retiene, la obliga a sopesar y a penetrar.

Aparentemente, el "Tratado de la rosa" se ciñe a una estructura conceptualizadora; el título mismo del Tratado y los de varias de sus partes —Casos de la rosa, Modos de la rosa, Substancia de la rosa, Causalidad de la rosa, Variedad de la rosa, Rosa abstracta, Justificación del Tratado— se entienden primero como subdivisiones lógicas del tratamiento discursivo de un tema. En cierto modo lo son; pero a diferencia de lo que ocurre en otros poemas del libro, aparentemente más líricos, aquí el movimiento discursivo está frenado en casi toda la obra, lo mismo, por otra parte, que la exteriorización lírica. Se logra así una solemnidad casi litúrgica, ritual o por lo menos ceremonial, una pauta estilística lenta e insistente, pero ricamente articulada, a la que hay que entregarse con la misma actitud: solemne, ceremoniosamente.

Al lector común, inclusive al lector de poesía, acostumbrado a la envolvente música simbolista o al modo coloquial, una poesía de este estilo fácilmente se le escapa. Se desliza sin asidero, desconcertado, por su forma demasiado monótona, demasiado lisa,

demasiado retórica, demasiado pensada, demasiado aparentemente fácil y, al mismo tiempo, demasiado extrañamente cerrada. Hasta que, si insiste en recorrer esa superficie, en adaptar su atención a esa forma, empieza sin saberlo a participar en la ceremonia; pero participar en la ceremonia es acceder al *tempo* de la obra, es convivir su sentido. Sentido que no es nada extraordinario, quizá, desde el punto de vista conceptual, a pesar de lo cual vale la pena realizar y repetir la experiencia. No es, en realidad, un sentido que pueda desprenderse conceptualmente de la experiencia: el sentido es la experiencia misma, y sólo cuenta celebrar su orgánica meditación que gira ritualmente en torno al símbolo central de la rosa. Firmemente gobernados por la rítmica sucesión de las anáforas, atravesaremos las variadas estancias de los aforismos poéticos, girando a diferentes niveles en el espacio esférico de la rosa. He evitado a propósito la explicación, la interpretación, todo lo que pudiera desnaturalizar o escamotear la presencia original del pensamiento poético. Que la atenta articulación del ritual nos lo entregue en estado naciente. Leamos, pues, algunas partes del "Tratado":

### 1 — *Nacimiento de la rosa*

Sobre la verde marea de las hojas,  
sobre los vientos gráciles,  
y sobre el apretado ónix de su cáliz,  
en el preciso instante en que el mundo  
se puebla de un silencio profundo,  
y el rumor fragoroso de la vida  
se detiene, como herido de muerte,  
y no hay un antes ni un después  
para la eternidad que se realiza,  
colándose por los secretos filtros del tiempo,  
flotando enhiesta sobre los horizontes,  
con la estridencia y fuerza de su policromía,  
nace la rosa. Apunta la rosa. La rosa florece.

### 3 — *Casos de la rosa, II*

Candor de la rosa.

Pureza de la rosa.

Gracia de la rosa.  
Numen de la rosa.  
Maravilla de la rosa.  
Extasis de la rosa.  
Orden de la rosa.  
Ecuación de la rosa.  
Geometría de la rosa.  
Arquitectura de la rosa.  
Perfección de la rosa.  
Misterio de la rosa.

La rosa subsume la belleza del ser.

### 5 — *Casos de la rosa, III*

El entusiasmo tiene el ímpetu de la rosa.  
El júbilo tiene el brillo de la rosa.  
La alegría tiene el vuelo de la rosa.  
La paciencia tiene la minucia de la rosa.  
La firmeza tiene el sosiego de la rosa.  
La dulzura tiene el encanto de la rosa.  
La amistad tiene la presencia de la rosa.  
El amor tiene el éxtasis de la rosa.  
La gloria tiene el fulgor de la rosa.  
La sabiduría posee el secreto de la rosa.

La rosa subsume la leticia del ser.

### 8 — *Substancia de la rosa*

Tejida está la rosa  
de aire y de fuego.  
Porque húmeda y grave es el agua  
no hay lugar para ella donde todo se eleva y fulgura.  
Porque densa y obscura es la tierra  
no hay lugar para ella donde todo es ingrátido y claro.  
Por su aire y el aire se eleva la rosa  
y el fuego la inflama  
con su viva llama.

Y sabe a la dulzura  
el néctar que le vierten las estrellas,  
el néctar que sustenta su hermosura.

10 — *Edad de la rosa*

Y porque el alba tiene acentuada encarnadura de rosa,  
y en las muertes del sol resucitan las más encendidas  
[rosas de sangre,  
y la luna es grácil rosa de plata en el búcaro azul  
[de la noche,  
y rosaleda de diamantes el camino de las constelaciones,  
signada está en los cielos  
la edad de su presencia realizada,  
la libertad ansiada,  
la edad definitiva de la rosa.

11 — *Casos de la rosa, IV*

Por la rosa se avisan los fuegos del espacio.  
Por la rosa se surcan los abismos del vértigo.  
Por la rosa se salvan las falacias del tiempo.  
Por la rosa se logra la fusión de los mundos.  
Por la rosa se avanza en el piélago inmenso.

Por la rosa se vence la infinita distancia.  
Por la rosa se asciende a la cima del ansia.  
Por la rosa renace la vida que desmaya.  
Por la rosa se alcanza la voz de la otra vida.  
Por la rosa se llega a la suprema instancia.

La rosa subsume la potencia del ser.

12 — *Milagros de la rosa*

A quien el desierto abraza,  
—Busque la rosa.  
En su oasis brota el agua lenitiva.

A quien la noche obscurezca la mirada,  
—Busque la rosa.  
En su seno encontrará la luz perdida.

A quien la montaña desvanezca,  
—Busque la rosa.  
En su pecho alienta el aire que mitiga.

A quien la vida agobie y atormente,  
—Busque la rosa.  
En su cáliz la fuerza es siempre viva.

A quien duela el rigor de la batalla,  
—Busque la rosa.  
En su sombra hallará la voz amiga.

A quien el mar deje exánime,  
—Busque la rosa,  
y en su presencia volverá a la vida.

19 — *Modos de la rosa, II*

La rosa moraba. La rosa miraba. La rosa escuchaba.  
La rosa celaba. La rosa velaba. La rosa observaba.  
La rosa mostraba. La rosa enseñaba. La rosa indicaba.  
La rosa cuidaba. La rosa guardaba. La rosa amparaba.

Y porque nada turba a su vigilia cierta.  
Despierta está la rosa entre el centelleo del mundo.

20 — *Muerte de la rosa*

Apenas un tremor imperceptible,  
apenas la telaraña de una angustia,  
apenas la quejumbre más dormida,  
y un día entre los días  
emprende su vuelo la rosa.

Hacia los espacios radiantes de belleza,

hacia los mundos distantes de su origen,  
.....

Prieta de entusiasmos,  
rebotante de efluvios,  
madura de sus luces,  
un día entre los días  
emprende su vuelo la rosa.  
.....

22 — *Perenne dicha de la rosa*

Y un día y otro día, entre el aire y el cielo,  
sobre la verde marea de las hojas,  
sobre los vientos gráciles,  
y sobre el apretado ónix de su cáliz,  
colándose por los secretos filtros del tiempo,  
flotando enhiesta sobre los horizontes,  
con la estridencia y fuerza de su policromía,  
perdurable renace, e inmarcesible,  
la perenne leticia de la rosa.

CLAVE

Y sólo quien domine  
la teoría punzante de la espina,  
el valladar agudo que nace cabe el suelo  
y apenas si termina,  
digo yo, con secreto generoso,  
sabrà un día la ciencia de la rosa.

Entre los poemas que acompañan, en *Hallazgo de la Roca*, al "Tratado de la rosa", se destacan la notable "Ars Poetica" en cinco partes, y la primera de "Estrictamente personal". Si comparamos el "Tratado" con el "Canto al dedo gordo del pie" y con el "Ars Poetica", salta a la vista el gusto de Fruttero por los grandes contrastes, que se compensan armoniosamente en la estructura total de la obra. El Tratado es la expresión ceremonial de una meditación centrada en un punto: su modo de girar en el espacio y en el tiempo es un modo de trascenderlos para reposar en el centro inmóvil

de los mismos. El *Ars Poetica*, por el contrario, se ubica abiertamente en esas coordenadas de nuestra experiencia vulgar y se mezcla y quiere mezclarse en su accidentada y cotidiana existencia. Nuestro poeta y maestro de ceremonias va a permitirse declaraciones como éstas:

Anhelo un verso que pueda ser leído entre el estrépito.  
Un verso con el que se pueda ir de la mano por la calle,  
un verso que resista, sí, la prueba de la calle.

Un verso que no trepide porque el cielo se abruma en  
[la tormenta y desate su ira en el estruendo.  
Deseo un verso alto y abierto, para que quepan en su  
[arco todos los sonidos, todos los meteoros y todos  
[los lamentos.

Aspiro a un verso avezado en el deporte, con el que se  
[pueda practicar el *crawl* en las piletas  
y zumbiar en el vórtice del automóvil desenfrenado.  
Elástico para que rebote si en un descuido escapa  
[a la memoria,  
y veloz para salvar sobre su proa el agua antigua de  
[nuestro río inmenso y ocre.  
Un verso que pueda alinearse decúbito a lo largo de todo  
[el horizonte  
o ascender vertical los meridianos hasta dar con la  
[vuelta de la tierra.

Ansío un verso probado en las contingencias y eventos  
[que distraen al hombre y su conciencia, dispersados.  
Que madure en su entraña las contradicciones de la  
[euforia y la muerte de un pariente querido;  
la agonía infinita de un enfermo irresoluto y la  
[voluptuosidad para gustar un cuadro alucinado de Dalí.  
Un verso *ersatz* para los calambres del hambre,  
y que disimule con decoro las miserias del vestuario.  
Que permanezca impávido si una dolencia solapada nos  
[atenaza el cerebro y la garganta,  
y porque desde una muela clama la viva raíz del nervio,  
[no pierda su eficacia reveladora de la vida y del ser.



ARTURO FRUTTERO



Fotografía tomada en agosto de 1941 en el Museo Municipal de Bellas Artes "Juan B. Castagnino", después de la conferencia de Erwin Leuchter sobre "Historia de la música como reflejo de la evolución cultural". De izquierda a derecha: Arturo Fruttero, Manuel Castagnino, Antonio Camarasa, Erwin Leuchter, Simón M. Neuschlosz, Hilarión Hernández Largaía y Ricardo Orta Nadal.

Quiero un verso total y universal, surto en la  
[raigambre de la sinrazón y en el asombro  
[de lo inverosímil.

Dúctil frente a la certidumbre de la subsistencia  
y maleable entre las dificultades de la convivencia.

Un verso permeable a la comprensión de que si el  
[capital produce intereses, también  
[florece el almendro en primavera.

Un verso cuya substancia sea solícita a la brújula del  
[amor y la amistad,  
y presta para arder su fibra generosa en las llamas de  
[un júbilo entusiasta.

Verso gimnasta con el que se pueda orar a Dios en las  
[actitudes de todas las religiones,  
y que, sensible a la alegría de la fuerza, sea idóneo en  
[la fuerza de la alegría.

¿Qué ha pasado? ¿Qué relación existe entre la inesperada *Ars Poetica* y los poemas del Tratado de la rosa, que tendrían que ser su justificación? La más estrecha posible, en cierto sentido, aunque no la más evidente: una poesía como la mejor de Fruttero, es decir, neta, concentrada e insistente, profunda pero clara, resiste bien las pruebas a las que el *Ars Poetica* quiere someterla. Pero no creo que sea éste el sentido en que Fruttero concebía la relación: que yo sepa, nunca se interesó especialmente por el aspecto abstractamente formal del hacer poético. Si miramos mejor, el *Ars Poetica* es la prescindencia del arte poético, en el sentido clásico de arte de la composición; no nos propone una técnica sino un espíritu, y es precisamente el espíritu de su poesía más que la forma conatural de ésta, lo que Fruttero supo someter exitosamente a la prueba de la calle, a la prueba de la más inmediata e ineludible realidad. Sus versos, separados del contexto pero con todo el sentido que reciben de él, vuelven fácilmente a la memoria para iluminar situaciones concretas.

Pasemos ahora a "Estrictamente personal". Es un poema en tres partes. La segunda y la tercera, *Minuetto* y *Allegro ma non troppo*, están realizadas en lo que Eliot llamaría un estilo poético gastado, estilo que Fruttero, como el mismo Eliot aunque no con la misma intención, intercala a veces para contraste y también por razones más profundas. La primera parte, el *Andante*, es en cam-

bio típicamente frutteriana y enlaza con dos de sus mejores poemas, "Trébol paciente" y "Trébol sapiente", escritos y publicados muchos años después. Dice así:

No un día, con su sol que madura y su luz que decae,  
y su noche moteada con diminuta estrella.  
No una luna emergiendo desde obscuro interlunio.  
No un año esparciendo sus cuatro metales  
por el derrotero de las estaciones.  
No uno, ni dos, ni tres.  
No cien, ni mil, ni mil veces otros mil.  
No la cifra ilímite, ni la cantidad innumerable.  
Si todo el tiempo: el tiempo mismo, total e intransferible.  
El tiempo suficiente para saber cómo la vanidad es  
[gemela a la estulticia.  
El tiempo necesario para advertir cómo el orgullo se  
[prohija en la ceguera.  
El tiempo exacto para vivir la limitada condición  
[del cuerpo.  
El tiempo justo para estimar la complicada variedad  
[del juego.  
El tiempo amplio para enajenarme con el señuelo de  
[la razón,  
y el tiempo contado para despertar en el reencuentro de  
[mi esencia primera.  
El tiempo breve de la mariposa  
y el tiempo breve del arco iris.  
El tiempo perdurable del baobab  
y el tiempo perdurable de las pirámides.  
El tiempo eterno de mi planeta  
y el tiempo eterno de las constelaciones.  
Y el tiempo mismo del alma  
en el tiempo sin tiempo de Dios.  
Y porque supe el color del tiempo, sobre el tiempo veo.  
Y porque supe el sabor del tiempo, sobre el tiempo vuelo.  
Y porque supe la raíz del tiempo, sobre el tiempo  
[anhelo.

No he querido internarme en la interpretación de los poemas de Fruttero sino dejar que hablaran por sí mismos. Ya lo han hecho, y algo más inmediato que una interpretación ha crecido de por

sí en nuestra mente. De este modo, la obra de arte ha cumplido su función esencial. Sobre esta base, cada uno podrá especular si lo desea. Por mi parte, me limitaré a proporcionar algunos datos que ayudarán a ubicar los poemas del libro y los posteriores en la evolución mental de su autor.

¿Por qué “Hallazgo de la roca”? ¿Qué roca es ésa que subyace en los poemas del libro? Es una roca, puede decirse, en la que Arturo Fruttero siguió apoyando sus pies durante todo el resto de su vida: sus tareas y sus paseos, sus enfermedades y su salud, sus subidas y sus caídas, sus cargas y sus descargas, las vivió conscientemente sobre esa roca que permanece a través de días y noches, gracias y desgracias, nacimientos y muertes. Pero esa roca hay que encontrarla. Cada uno por sí mismo tiene que encontrarla.

Entre los papeles de Fruttero encontré una nota sobre un recuerdo de su infancia: cuando tenía cuatro años su padre le pegó por haberle robado unas monedas. Parece haber sido tan violenta la ruptura de su inocente codicia infantil y la irrupción incomprensible del mundo de valores de los adultos, que Fruttero recordó ese momento como el de su primer despertar, como el comienzo de esa vocación de saber que fue siempre central en su vida. Pero su vocación no era la que se satisface con conocimientos meramente conceptuales. Aspiraba al saber transformador, al que permite experimentar la experiencia como realización progresiva de un sentido vivido. “Hallazgo de la roca” es el hallazgo de ese sentido, tan difícil de explicar. Fruttero recorrió un buen trecho de su camino antes de encontrarlo; hizo durante años su experiencia de intelectual de vanguardia y esta experiencia culminó en el ejercicio del marxismo y en su inclusión final dentro de un esquema más amplio; pero el proceso interior que lo llevó a esta postura se fue cumpliendo por detrás de todo eso y recibió probablemente aportes que sería difícil determinar.

Cuando conocí a Fruttero en 1945 me encontré con una cálida, aunque reticente y complejísima personalidad, que incluía por supuesto todas sus viejas y sus nuevas experiencias y, muy especialmente, la de la roca. Las perspectivas que podía asumir sucesiva o simultáneamente eran múltiples, ya que para entonces su experiencia abarcaba, además de lo que podríamos llamar una amplia cultura de hombre de hoy, horizontes menos frecuentados como el ocultismo, la metafísica oriental y las Escrituras de varias reli-

giones. Para esa época había leído el libro tibetano de los muertos, los sermones de Buda y estaba redescubriendo el cristianismo. Era un hombre que asumía todas y las menores contingencias de su vida con actitud religiosa, aunque ni entonces ni después llegó a practicar formalmente una religión determinada. Tenía, sin embargo, el sentido cristiano del pecado y con ello se relaciona, me parece, su profundo interés por Baudelaire, cuya poesía tradujo íntegramente. Aunque Baudelaire no compuso flores espirituales sino “flores del mal”, Fruttero coincidía con la opinión de Eliot de que Baudelaire es un poeta esencialmente cristiano y en que lo es por su sentido del pecado. Puedo agregar, de paso, que Fruttero admiraba mucho a Eliot y que tradujo sus “Cuatro Cuartetos”.

La vida de Fruttero fue un tenso tejido de conflictos y oposiciones que ocultaba celosamente pero que su conciencia asumió, exacerbó y hasta cierto punto provocó. “¡Oh vida, que me diste en suerte una rosa de vientos encontrados!”, dice en “Aprendizaje de tu muerte”. Allí donde una conciencia menos lúcida o exigente hubiera encontrado disimulos, huídas, compensaciones y acomodaciones, Fruttero encontraba desnuda su verdad y tenía que sufrirla. No estaba hecho para evitarse contrariedades, contrastes y hasta desastres. Era además fuertemente volitivo y en el fondo sintió la vida como lucha y como purificación. A lo largo de los años fue consignando en breves notas prolijamente fechadas sus experiencias, en diversos niveles, del sufrimiento. Las llamaba “Especies de muertes” y llegó a considerarlas como anticipaciones, como preparación para la muerte. No podía menos que simpatizar con el valor positivo que el cristianismo atribuye al sufrimiento y en las notas sueltas que dejó sobre la relación entre el budismo y el cristianismo su simpatía se define efectivamente por el segundo. El budismo, decía, niega la ilusión de ser hombres y con ella el valor del sufrimiento; el cristianismo, por el contrario, afirma la verdad de ser hombres y por lo tanto afirma el valor del sufrimiento. No se le escapaba, creo, que en el fondo se trata solamente de una diferencia de perspectiva en relación con una meta semejante o idéntica, pero prefería la segunda.

Los escritos dejados por Fruttero consignan, como he dicho, solamente algunos momentos de su rica y activa inteligencia y de su intensa vida interior. Parte de esos escritos fueron publicados en vida de Fruttero: “Hallazgo de la roca”; “Verbenas” y “Viole-





De un pequeño rojo encendido,  
de un pequeño y pálido morado,  
vuestro perfume áspero y violento  
es como la miel del instinto,  
de ese mismo instinto —vegetal y pánico—  
que al cabo de cada año os revierte  
florecidas con diminuta belleza.

Pequeño es vuestro tallo,  
pero tenaz es la trama que os sostiene y extiende,  
que agiganta vuestro tallo pequeño y vuestro  
vuestro aroma violento y agraz. [color pequeño;

Verbenas,  
deliciosas verbenas,  
juntas en mis manos, he aspirado  
la voz perfumada de vuestro mensaje,  
y una canción bella, desenvuelta y pura  
me ha devuelto el perdido sabor de la tierra  
con que sostener  
la comba del cielo.

“Contumacia de las circunstancias”, poema cuyos rasgos esenciales he rescatado rápidamente de un borrador, es un buen ejemplo de las reflexiones que destilaba Fruttero en medio de su empeñosa aceptación de las circunstancias de su vida. Su estilo esquemático, exagerado por las supresiones que he tenido que hacer para depurar el borrador, contribuye, creo, a su eficacia. Dice así:

Las contingencias,  
he aquí cuanto se aparta y se abandona.  
Cuando se asienta el pie en la perspectiva del salto,  
se apartan los guijarros de todas las contingencias,  
las contingencias que recuerdan la aspereza del suelo,  
la realidad del suelo,  
molesto, obstinado, contumaz.

Las contingencias.  
cuando se ha mondado el durazno,  
cuando se le ha quitado su epidermis de vello sedoso,

he aquí cuanto se aparta y se abandona,  
el decir corazón de su carozo.

He aquí que se aparta  
cuanto resiste al mordisco impaciente y desprevenido,  
la roca de su corazón,  
la reciedumbre de su mensaje,  
la contumacia de las contingencias.

Carozo del durazno,  
corazón de la fruta,  
semilla de su vida,  
defendida en la áspera coraza  
de las contingencias.

El alma se sustenta y se libera  
en medio de las contingencias.  
Un corazón áspero y surcado  
se esconde en el secreto de la experiencia.

Aspero es el dolor,  
áspera la desventura.  
Dura es la pobreza,  
dura la enfermedad y la locura.  
Punzante es la desdicha y el tormento,  
punzante el filo agudo de la muerte.

Asperas son las contingencias.  
Duras son las contingencias.  
Punzantes son las contingencias.

Aspero, duro y punzante, cuanto nos prueba.  
Aspero, duro y punzante, cuanto queremos y  
[pretendemos apartar,  
ignorando que allí se nos va la vida, su secreto y  
[su porfía.

¿Rechazaremos, venceremos, salvaremos  
el áspero misterio

que Dios esconde en el carozo,  
coraza y corazón del durazno?

Para terminar, dos poemas que Fruttero publicó en 1950, en texto bilingüe, en la revista ARCI. La versión inglesa fue realizada por la señora Olive T. de Lewis. Después de lo dicho hasta aquí, el sentido de estos poemas resultará seguramente muy claro y muy vivido, porque son verdaderos autorretratos mentales de su autor, dos pequeños e intensos testamentos, absolutamente auténticos, de su sufrida paciencia y de su esforzada sabiduría.

*Trébol sapiente*

Cuando uno está clavado —  
y ve subir el sol por la mañana  
y adentrarse en la tarde enardecida —  
sabe  
que es el fijo movimiento de la tierra  
lo que engendra las noches y los días.

Cuando uno está clavado —  
y ve moverse en vilo a la existencia  
y detenerse al fin de la agonía —  
sabe  
que es el fijo movimiento de las almas  
lo que engendra las muertes y las vidas.

Cuando uno está clavado —  
y ve subir el padecimiento  
y adentrarse en lo hondo, sin salida —  
sabe  
que es el fijo movimiento del pecado  
lo que engendra la gloria y el castigo.

*Trébol paciente*

Si tú tomaras un grano de arena entre tus dedos,  
y luego tomaras otro grano de arena entre tus dedos,  
y sucesivamente tomaras entre tus dedos todos los  
[granos de arena,  
al cabo tú sabrías la dimensión del desierto.

Si tú cubrieras tus ojos con el limbo de una hoja,  
y luego cubrieras tus ojos con el limbo de otra hoja,  
y sucesivamente cubrieras tus ojos con el limbo de todas  
[las hojas,  
al cabo tú sabrías la extensión de la sombra que habita  
[entre la fronda.

Si tú pulsaras un minuto con tus nervios,  
y luego pulsaras otro minuto con tus nervios,  
y sucesivamente pulsaras con tus nervios, no más que los  
[minutos que median en veinte años,  
al cabo tú sabrías la solución del tiempo.

Al cabo sería tuyo el trébol de aridez, nutrido por el  
[tiempo, la sombra y el desierto,  
y surto en su reverso el trébol de la gracia, crecido de  
[agua viva, luz y eternidad:  
porque tú alcanzaste el desierto entre tus manos,  
la extensión de la sombra ante tus ojos,  
y el límite del tiempo, con el alma.